|  |  |
| --- | --- |
| Nueve años después - UN POEMA FECHADO en David Huerta Yo aparecí en la sangre de octubre, mis manos estaban fúnebres de silencio     y tenía los ojos atados a una espesa oscuridad.  Si hablaba, mi voz me sonaba como una materia desalojada, mis huesos estaban empapados de frío, mis piernas fluían con el tiempo, moviéndose hacia afuera de la plaza,en una dirección extraña y sin sentido: de renacimiento, llevándome a los espejos y las calles desordenadas.  La ciudad estaba arrasada por el silencio, cortada como un cuarzo, tajos de luz diagonal daban sus raciones apretadasa las esquinas, los cuerpos estaban callados y aplastados contra su vida,pero había otros cuerpos también, pero había otros cuerpos también.  Hablo con mi sangre entera y con mis recuerdos individuales. Y estoy vivo.  Yo me pregunto: ¿cómo tenemos los ojos, las manos, el cerebro y los huesosdespués de que salí de la plaza? Todo es denso, voluminoso y fluye,después de que salí de la plaza.  El aire me decía que todo estaba quieto, esperando.  Yo me moví hacia afuera de la plaza, mi boca estaba quemada por los recuerdos,y mi sangre estaba fresca y luciente como un anillo continuoen el interior de mi cuerpo absolutamente vivo. Pues me movíahacia afuera de la plaza, entero y respirando.  Respiraba imágenes y desde entonces todas esas imágenes me visitan en sueños,rompiéndolo todo, como caballos delirantes.  Estaba en el amasijo del día el espejo de la muerte. Y una palabra de mi vivir colgaba de un borde infinito.  Yo no quisiera hablar del tamaño de aquella tarde, no poner aquí adverbios, gritar o lamentarme.  Pero quisiera, sí, que se viera toda una quemadura de cóleramanchando el espejo de la muerte. ¿Dónde podría poner mi vivir, mis palabras sino ahí, nueve años después, en esa cólera fría, en ese animal de ira que se despierta a veces para esmaltar mi sueñocon su aliento sanguinario?  Toda mi sangre circula por mi vivir, entera, incuestionable.Pero entonces oí cómo se detenía, amarrada a mi respiración, y golpeando, con el sordo llamado de su inmovilidad, golpeando mis voces interiores, mis gestos de vivo humano, el amor que he podido dar y la muerte que mismamente entregaré.  Luego vino el miedo a mis ojos para cubrirlos con sus dedos helados.  Todo el silencio de mi cuerpo abría sus alveolos frente a los cuerpos arrasados, escupidos hacia la muerte por el ardor de la metralla:esos cuerpos brillando, sanguíneos y recortados contra la desmenuzada luz de la tarde,otros cuerpos diferentes del mío y más diferentes aún, porque habían sido extirpados a la vida humana por un tajo enorme,por una vertiginosa ferocidad, por manos de una fuerza doliente que se lanzaba, aullando,contra esos cuerpos más tenues ya que la tarde y más y más brillantes, en mi sueño de todavía vivo ser humano.  Es verdad que escuché la metralla y ahora esto escribo, y es verdad que mi sangre fluye de nuevo y todavía sueño con una especie de muerta duda, y veo a veces mi cuerpo desnudo como un espacioso alimento para la boca devoradora del amor.  ¿Dónde estuvieron las ataduras de mi vivir, mis espejos y mis días, cuando sobrevino la tarde en la plaza?  Si tomo un pedazo, una brizna de mi cuerpo para ponerla contra el recuerdode esa tarde en esa plaza, retrocedo asustado a mi vida como si me hubieran golpeado en la bocalos dedos levísimos de cientos de fantasmas.  Hablo de estos recuerdos inmensos porque tenía que hacerlo alguna vez, así o de otra manera.  Yo salía de la plaza con un vivo estupor en la boca y los ojos y sentía mi saliva y mi sangre, vivo aún. Era una noche fresca, dada al tiempo. Pero en las calles, en las esquinas, en las habitaciones, había cuerpos aplastados y sellados contra su vida por un miedo gigantesco y amargo.Un anillo de miedo estaba cerrándose sobre la ciudad como un sueño extraño que no cesaba y que no conducía a ningún despertar.  Era el espejo de la muerte lo que sobrevenía. Pero la muerte había ya pasado con sus armaduras y sus instrumentospor todos los rincones, por todo el aire abolido de la plaza. Era el espejo de la muerte con sus reflejos de miedo lo que nos daba sombra en una ciudad que era esta ciudad.  Y en la calle era posible ver cómo una mano se cerraba, cómo sobrevenía un parpadeo, cómo se deslizaban los pies, con un silencio espeso,buscando una salida, pero salidas no había: solamente había una puerta enorme y abierta sobre los reinos del miedo.  Octubre de 1977 | **Nine Years Later - A Poem Dated By David Huerta**  I appeared in bloodstained October, my hands heavy with           silence and my eyes lashed to the dark.  If I spoke, my voice felt dislodged, my bones were drenched with cold, my legs, fluent with time, were carrying me out of the           square  in a direction with no direction: to rebirth in a hall of mirrors, the maze of streets.  The city razed by silence was cut like quartz, shafts of light portioned  the corners, the speechless bodies crushed against their           lives, but other bodies were there, there were other bodies.  I speak with my entire blood and from my own memories.           And I am alive.  I asked myself, how are our eyes, our hands, our bones           and our brain after I left the square? Everything was solid, spacious and in           flux, after I left the square.  The air was telling me everything is still, is waiting.  I moved out of the square, my mouth scorched with           memories, and my blood fresh, shining like a ring continuously coursing through my body, fully alive. So I was moving out of the square, intact and breathing.  I breathed in images, and since then all those images come           to me in dreams, shattering everything, like wild horses.  Amid the turmoil of the day stood the mirror of death. And a word from my life clung to the edge of infinity.  I do not wish to speak of the scale of that afternoon, nor place here adverbs, shouts or laments.  But I would like, yes, a flash of anger to mark the mirror of death. Where could I place my life, my words, nine years later, but in that cold fury, in that animal of rage that stirs, enamelling my dreams, with its cruel breath?  All my blood circulates though my life, complete, without           question. But then I heard how it halted, bound to my breathing, and beating, with the deaf call of its stillness, beating my inner voices, the gestures of my human life,  the love I have been able to give and the death I will pass on.  Then fear came to my eyes to cover them with its frozen           fingers.  All the silence of my body was unleashed in front of the bodies laid waste, spat towards death by the           zealous shrapnel: those glistening bodies, bloody, silhouetted against           the shredded light of late afternoon, other bodies unlike mine, and even more different, because they were uprooted, cleaved from human life by a vertiginous fury, by the hands of a grievous force that           cast itself, howling, against those bodies, already fainter than the dusk, yet more and more vivid in my waking dreams.  It is true I heard the shrapnel and now I write this, it is true my blood now flows again and still I dream with a kind of dead doubt, and sometimes I see my body           naked like a slow food for the devouring mouth of love.  Where were the bonds of my life, my mirrors and my days, when afternoon fell on the square?  If I take a piece, a thread of my body and place it against the          memory of that afternoon in the square, I retreat to my life, frightened, as though the feather-light           fingers of ghosts struck me in the mouth.  I speak about these weighty memories because I must do it           sometime, this way or another.  I left the square, a living stupor in my mouth and my eyes, yet I felt my spit and my blood, still living. It was a cool night, surrendered to time. But in the streets, on the corners, in the bedrooms, there were bodies, crushed and shut off from their lives by           bitter fear. A ring of fear was closing in on the city, like a strange dream without end, without waking.  It was the mirror of death. But death itself had already passed over with its armour           and its instruments into every corner, through all the cancelled air of the square. It was the mirror of death with its reflections of fear that brought shade to a city that was this city.  And in the street you could see how a hand was closing, how an eye was blinking, how feet slid, in thick silence, looking for an escape, but there was no escape: only a huge door open onto the kingdoms of fear.  October, 1977 |